

le sirvió así al ya mulato para encaramarse sobre los mitos de los blancos, pintarrajeándolos con sus bemboneadas que resultaban decorativas para el gusto pretijado de los dispensadores de diplomas. El hecho es que, tanto si se queja como si se divierte, el poeta negro se ve inducido a partir inequívocamente de su posición social, a la que solidifica como para siempre, y esa situación se le convierte de ese modo en un hecho inexorable. Sólo en su música, más cerca del instinto, logra, si ya no la ha puesto en venta, sacar a flote sus propensiones verdaderas. Hasta al quejarse busca algo que rinda; se adscribe así a la categoría del "negro que se queja y protesta", muy cómoda por lo demás para quienes tendrían que sentirse culpables de esas quejas y que después las celebran. Se les concede una especie de consagración, pero a condición de que accedan a ella de a uno en fondo, no sea cosa que copen el Olimpo. En los EE. UU., a Lanston Hughes sigue Wright, y a Wright, Baldwin. En Cuba, a Manzano sigue Plácido, a Plácido, Pedroso, y a Pedroso, Guillén. Nadie es leído por lo que es, sino por lo que debe representar en esa representación o morenada de turno. Como gente, no existe, o casi. Si surge otro negro de valor, se le compara con el negro número uno, y no con los poetas "blancos". Cada uno en su casillero.

Libros como éste —aunque útil por su información y contenido, así como por algunos juicios críticos, cuando no pecan por malos— tienden a remachar ese delegamiento, esa idea de que los negros forman una casta confinada a una especie de gueto cultural. La atención no es orientada hacia lo poético, sino hacia "lo negro y lo mulato". El poeta es visto en primer lugar como "poeta negro"; ¿por qué, entonces, no crear también el can, por ejemplo, de los poetas petiscos, o el de los poetas ferroviarios con muchos tú-tú, traca-traca y cosas así? ¿Acaso no pueden llegar a tener también —si se los arrinconan hasta que los tengan, como respuestas a lo que se espera de ellos— sus motivos, sus tics, sus resentimientos y hasta su jergonza propia? Que nos perdone el autor, pero tanta reivindicación explícita, es la mejor manera de condenarlos a su dependencia cultural incluso inventándose. No pensamos que el autor lo ignore: por algo el verso con que cierra su antología, de una poesía de Arozarena, dice, entre dobles signos de exclamación: "¡Humano ha de ser más!". Y está también la frase de Martí que inscribe el poeta en el acápite: "Hombrés es más que blanco, más que negro, más que mulato". Pero se da el caso que el poeta se pone a hablar después en media lengua, para la taquilla: "Vela con siete filere / para salir güere-güere".

La antología contiene, entre otras tantas "negrerías", muchas poesías algo más meramente "negras". No deja de ser original que en dicha antología de poetas negros la carta del león se le reserva a un chino; o mejor, a una mezcla de amarillo y negro, y hasta podría decirse que a rayas, pues lo chino y lo negro aparecen en él por turno, según lo exija el tema. Aclaremos que Pedroso es un poeta estimable, de emoción muy depurada, aunque a veces demedado canalizada, y aliento torrencial. El más comentado por el autor es Guillén, indudablemente superior, sobre todo cuando se conforma con ser poeta, sin ponerse a hacer pininos en un pie.

WASHINGTON LOCKHART

## la poesía según el color

• Alfonso Pereda Valdez: *LO NEGRO Y LO MULATO EN LA POESÍA CUBANA*. Ediciones Ciudadela, Montevideo, 1970, 166 pp.

La situación del negro que escribe sufrió siempre inhibiciones que no encontró en las otras artes; en la música y en la escultura sobre todo. Manejar palabras y conceptos en efecto, supone explicitar una decisión que no se concilia muy fácilmente con ese relegamiento a que, en grado mayor o menor, está condenado en este mundo hecho por los blancos, o por algunos de ellos. El negro quedó trabado por miedos resentimientos o complejos tanto como por la costumbre, impuesta o inculcada, de renunciar a ser él mismo. Una de sus tentativas más frecuentes fue y es entonces la de saltarse su negritud y tratar de incorporarse al bando de los blancos. Si no llegaba a ser, aunque mezquinamente, un burgués podía en cambio llegar a ser a menudo un negro de calidad, es decir, otro enemigo que se echaba encima al negro pobre. Apenas salió de la esclavitud, lo más prudente resultó para muchos ponerse a sosegar y a enlazar con pulcros academismos, tal como lo demuestran Francisco Manzano en Cuba, cuidándose bien de que en sus versos no se trasluciera el menor atisbo de su condición. Pero lo más penoso fue que, cuando ese negro que escribía pudo desatarse cayó en la trampa de prodigar los fáciles pintoresquismos que de él se esperaban. Llegó así a la bufonería y a veces hasta a la payasada. Heo sus versos de bambó bambó y le sé soalongó. Esos ruiditos típicos fueron su cuota, cuando no su honor, imitado por los blancos a quienes deleitaban esas monerías. Si rue así estejado lo fue como cosa rara y bien aparte, como genticilla de categoría especial capaz de rendir ciertos servicios. La literatura, en tal pendiente,